9.94

CHEQUEO A LA FAMA

por Lilian Goligorsky

Jordi Solé-Tura: la serenidad de un político

Es importante eludir la inscripción ominosa junto a la botonera del portero eléctrico de la casa de Jordi Solé-Tura en Barcelona. Pero ese sombrío trazo de aerosol parece muy distante de la alegre atmósfera que reina en la pequeña sala del ático, completamente ajeno a la sonrisa del hombre que me franquea la entrada, a sus maneras serenas.

–¿No te sobrecoge la inscripción del portal?

–No, en este barrio hay un grupo de jóvenes fascistas, luego hay un grupo de anarquistas y está lleno de inscripciones, siempre. Si no me equivoco, la que hay abajo es «Rojos no», así que debe ser obra de los fascistas –explica con calma–. Además, como me tienen la vista encima, cada vez que llego empiezan a gritar: «¡Vete a Moscú!». Si sólo fuera eso, porque ya me han roto el coche una cantidad de veces...

Se interrumpe, me ofrece algo de beber, como si quisiera quitarle toda importancia al asunto o tranquilizarme. Y, de hecho, es algo que ahora ya me parece inasociable a este hombre, a estos muebles sencillos, a la biblioteca rebosante, al álbum de *Il barbieri de Sevilla* que ha quedado sobre el diván, a los discos cuidadosamente ordenados junto al aparato de alta fidelidad, a los lozanos geranios de la terraza.

–¿Cómo crees que se cura eso?

–No lo sé. En todo caso es una enfermedad política y creo que la única manera de que se cure es que en este país el sistema democrático se desarrolle y estos grupos de jóvenes se encuentren cada vez más aislados, hasta el punto de que dejen de tener estas concepciones que son el fruto de 40 años de anticomunismo, de una cierta vida familiar, de enseñanzas que han recibido, porque, al final, son jóvenes de menos de 20 años... No veo qué otra medicina se les podría aplicar...

–¿Te hubieras hecho médico?

–No, porque tengo una total alergia física a temas de operaciones, sangre;



"Tengo una total alergia física a temas de operaciones, sangre; en fin, en general a todo lo que constituye el meollo de la profesión médica o su ejercicio."

en fin, en general a todo lo que constituye el meollo de la profesión médica o de su ejercicio. Y, desde luego, es una de las profesiones para las que me considero incapacitado, sin la más mínima posibilidad.

–¿Y en calidad de paciente, cómo fue tu primer encuentro con la medicina o con los médicos?

–Fue con un médico que todavía vive, de Mollet, que hoy en día es un barrio más de Barcelona, pero que en aquel entonces era claramente un pueblo. Y mi familia tenía un médico que se llamaba, y se llama, doctor Tiffon, un nombre de origen francés, y un hombre muy curioso, porque no era solamente el típico médico de familia, de pueblo, enraizado allí, sino que fue siempre un hombre con muchas inquietudes. Recuerdo que fue el primero que nos empezó a hablar de la energía nuclear o de cualquier novedad que aparecía en las revistas científicas y que nosotros no conocíamos. Y mi primer encuentro fue durante la Guerra Civil, cuando mi madre y yo, que vivíamos solos porque mi hermano estaba en el frente, cogimos el tifus los dos a la vez. Tengo una imagen muy viva, muy viva, de este médico cuidándonos. Hoy las cosas han cambiado, hay una tendencia a la especialización...

–¿Cómo te cae eso?

–Me parece lógico en la medida en que cada día es más difícil, en cualquier ciencia, abarcarlo todo. Pero hay otro aspecto que me disgusta, que me disgusta tanto en la profesión médica como en las otras, y es que el especialista tiende a ignorar el resto. Tiende sobre todo a ignorar lo que constituye la base filosófica, humanística, teórica de su propia profesión. Y en este sentido los especialistas me provocan por un lado una cierta admiración al pensar que son personas que conocen bien un terreno o que deberían conocerlo. Y, por otro, me provocan una cierta desazón, al pensar que son hombres que tienden a teorizar sus propias limitaciones.

Sigue calmo, atento a las preguntas, como si todo, incluido el ominoso *graffitti* de su portal, mereciera ser examinado sin irritación

–¿Qué tal te suenan las grandes palabras de esta medicina especializada, la jerga, el nombre de los aparatos?

–Me inquieta, porque soy un paciente muy aprensivo, y en cuanto me duele algo imagino inmediatamente lo peor.



"El especialista tiende sobre todo a ignorar lo que constituye la base filosófica, humanística, teórica de su propia profesión."

En este sentido está claro que exijo se me explique con claridad lo que hay, y la jerga especializada siempre me produce una cierta inquietud, porque no sabes qué es lo que se oculta detrás. Porque una cosa es una terminología propia de una profesión o de una ciencia, que es evidente que debe existir sobre todo cuando se trata de ciencias naturales, aunque la medicina está a medio camino, pero entiendo que el médico debe ser extremadamente sensible a la comunicación con el paciente y, en ese sentido, creo que no es bueno que en su comunicación normal utilice una jerga complicada. Y eso porque el médico conserva una parte de lo que ha sido su papel histórico, es decir, todavía es algo sacerdote. Y una gran parte de los pacientes acuden al médico de una manera diferente de la que acudirían a un abogado o notario. El médico cumple una función social muy específica, porque, aunque lo ignoro con certeza, estoy convencido de que una gran parte de las enfermedades no son únicamente somáticas ni muchísimo menos, y se curan con una terapéutica... moral, o por lo menos espiritual. Creo que el superespecialista, que se escuda en una tecnología muy científica, quizá puede encontrar una autocompensación en el sentido de que demuestra que es un hombre que sabe su materia, pero no ayuda a resolver el problema, no cumple su auténtica función.

–¿Esa convicción tuya de que no hay enfermedades meramente somáticas te ha convertido en paciente de psiquiatras o psicoanalistas?

–No, nunca he acudido a ellos como paciente, y no porque mantenga una actitud apriorística contra la psiquiatría, ni muchísimo menos. Al contrario, creo que es una de las grandes aportaciones a la cultura contemporánea, y además he tenido y tengo buenas relaciones personales con algunos psiquiatras. Pero, vamos, personalmente dudo de que el psiquiatra pueda resolver mis problemas profundos. Creo que los conozco bastante bien, aunque no pretenda ser un especialista –confiesa riendo.

–¿Qué dices de los avances científicos que permiten mantener vivo a un ser humano que ha perdido casi todas sus facultades, o a un enfermo terminal?



"La medicina no resuelve todos los problemas, todavía no es una ciencia exacta; por el contrario, deja muchos cabos sin atar y, sobre todo, acaba siendo impotente en el momento final."

–Creo que carece de sentido la prolongación artificial de una vida que no tiene ninguna posibilidad. Desde luego, si me ocurriese a mí o a una persona querida, propondría que no se recurriese a eso. No, no tiene ningún sentido, en primer lugar porque es socialmente muy costoso, y luego, la vida es mucho más que el simple estado vegetativo.

–¿Cuáles son los deterioros, las enfermedades, las pérdidas que te preocupan en relación con tus actividades?

–La disminución de las facultades mentales, de la agilidad mental, de la capacidad de trabajo sería preocupante. Pero también me preocupa muchísimo la pérdida de lo que pudiéramos denominar la movilidad física, la pérdida de la capacidad de movilidad, de la autonomía.

–¿Qué clase de muerte elegirías?

Ninguna.

Hace un gesto casi excesivo para su sobria manera de moverse, sonríe, un poco incómodo.

–¿A qué atribuyes el hecho de que la medicina esté tan mezclada con la religión, con lo milagroso, con lo mágico?

–Antes he insinuado, de pasada, que el médico tiene todavía algo de sacerdote, porque aún vivimos una época bastante bárbara, creo que dentro de 1.000 ó 2.000 años nos mirarán como a unos salvajes. Claro, por otro lado queda otro aspecto: la medicina no resuelve todos los problemas, todavía no es una ciencia exacta; por el contrario, deja muchos cabos sin atar y, sobre todo, acaba siendo impotente en el momento final. Entonces, mucha gente, ante este grado de incertidumbre, tiende a rellenar el vacío apelando a instancias de otro tipo, a lo milagrero, a la magia. La medicina puede explicarnos cómo nace una persona, pero todavía no puede explicarnos el porqué es así y no de otra forma y, desde luego, ante la muerte tiene un límite...

»Y muchas veces, o siempre, la religión se aprovecha de esto, invade terrenos que no le corresponden, pero los invade en función de otros temas, de una concepción propia de la sociedad y de la familia que como institución quiere preservar a toda costa. Es algo muy coherente, aunque yo esté en contra. Cuando la religión acomete el tema de los contraceptivos o del aborto lo hace de acuerdo a su concepción como institución, no de acuerdo a una teología, no siquiera de acuerdo a una filosofía trascendental. Es muy claro.

–¿Te atreverías como político a describir los males que aquejan hoy a España?

–Bueno, creo que decir si está sana o enferma puede ocultar el fondo del problema. No creo que esté ni sana ni enferma, pero creo que hoy tenemos una situación incierta, porque el paso de la dictadura al sistema democrático no se ha completado ni muchísimo menos. Aquí ha habido una transición desigual, que ha permitido que algunos de los aspectos más significativos del franquismo hayan desaparecido: desaparecieron las cortes franquistas, el partido único, hay un mayor grado de libertad, pero el conjunto de los aparatos del Estado, la Administración, el Ejército, las Fuerzas de Seguridad y los grandes poderes económicos han variado poco, de un modo desigual, en función de otros motivos. Entonces creo que el problema es cómo estabilizar lo que hay de democrático y cómo reducir el peso de los sectores que si-

guen siendo franquistas en la práctica y en la ideología. Este es un tema clave y no pienso que nuestro sistema democrático sea irreversible, creo que no, que desgraciadamente está inseguro, y que hay problemas que se han superpuesto, como por ejemplo la crisis económica. Empezamos la democracia en el 77 con un millón de parados y ahora tenemos dos; y una democracia que ha duplicado su número de parados no puede funcionar. Al mismo tiempo tenemos que modificar la estructura del estado, tenemos que construir las autonomías, y todos sabemos que esto va a costar horrores, resistencias tremendas, no sólo en la derecha tradicional, sino también entre gentes que se dicen de izquierdas, pero que tienen todavía una visión centralista del Estado. Y también existe un alejamiento entre personas que no se sienten totalmente identificadas con los resultados de la democracia, y está lo que llaman desencanto. Todo esto es nefasto, porque con este peso detrás las fuerzas políticas no podrán resolver nada, y la prueba es que, en la medida en que se encuentran con estos problemas, entran en una fase que produce crisis internas. Todos los partidos las han presentado.

–A veces esas crisis, esos achaques son muy aparatosos.
–Sí, yo mismo fui hace algunas semanas... protagonista...

–¿De un dolor de muelas dentro de tu partido?
–No, esto es peor que un dolor de muelas, porque si acudes a un buen dentista el dolor de muelas se te pasa, pero aquí hay más, hay una crisis muy seria dentro de un partido que ha costado mucho construir, y que no veo cómo se puede resolver, no veo cómo podemos tener un proyecto común con gente que se exaspera hasta el punto de tenerme como su principal enemigo. No acabo de entenderlo...

Sigue hablando con su estilo calmo, más de profesor que aspira a ser entendido que de político en plan de convencer. Revisa la historia de su partido, la larga etapa de la clandestinidad:

–Y claro –finaliza– puedes quedarte en un *ghetto*, al margen de la sociedad, con unas cuantas verdades que te dan mucha seguridad, y que incluso te aportan cierta capacidad reivindicativa sectorial, pero que no te permitirán jamás dar la vuelta a la situación, o te



"Desde que soy diputado he empezado a sufrir acidez de estómago."

conviertes en un partido que puede dar una alternativa de poder. Lógicamente lo último es mucho más difícil y por eso hay quien prefiere refugiarse en las viejas certezas y esto produce el choque interno de dos concepciones distintas.

–¿Todo esto que explicas con tanta tranquilidad repercute en tu salud?
–Sí, desde que soy diputado he empezado a sufrir acidez de estómago. En parte es la vida irregular, los viajes a Madrid, de hotel en hotel, de restaurante en restaurante, la falta de sueño. Pero, además, casi te podría decir que si tengo algún problema político a las 3 horas empiezo a tener acidez de estómago.

–¿También la tuviste aquella larga noche del Congreso?
–¿Del Congreso del veintitrés? Pues no, a mí me funcionó bastante bien, porque hubo algo muy curioso: me impuse una autodisciplina, me pareció fundamental no dejarme ir ante lo que estaba ocurriendo, ni siquiera pues en el aspecto... A ver si me explico: por ejemplo, me impuse no dormir, porque dada la situación yo era responsable del grupo, ya que a Carrillo se lo habían llevado. Y no tuve sueño, y para guardar la compostura ni siquiera me aflojé el nudo de la corbata, y eso lo hice aposta, porque me parecía que era... Y, en toda la noche sólo tomé un par de vasos de agua, lo que me sirvió para comprobar que si uno quiere se pueden controlar bastante bien incluso algunas necesidades que parecen... automáticas.
»No, no tuve ningún problema de salud, ni siquiera la famosa acidez, y cuando salí; sin comer ni nada me vine corriendo a Barcelona, porque teníamos un programa de televisión. De modo que llegué aquí, a mi casa, hacia las siete de la tarde, y fue entonces cuando comí y me acosté.

Rememora aquellas horas negras con una sonrisa en los labios, sin alterar la voz bien modulada, sin abandonar su parquedad de gestos.

–¿Qué significa para ti haber participado en la redacción de la Constitución?
–Personalmente ha sido una experiencia extraordinaria, una de las más interesantes de mi vida. Profesionalmente es lo mejor que le puede pasar a un profesor de derecho político, porque normalmente un profesor se dedica a explicarla, pero no a elaborarla. Y desde el punto de vista político ha sido una experiencia que no cambiaría por nada, a pesar de todos los problemas que hemos tenido, de las situaciones difíciles que hubo que resolver, a veces con desgarramientos profundos, con la necesidad de adoptar opciones que te obligaban a ceder en cosas que no hubieras cedido. Sí, realmente fue algo extraordinario.

–Por último, ¿qué significaría para ti tener que afrontar el quirófano de la mañana a la noche?
–Sería algo muy malo, porque soy aprensivo, porque además soy un pésimo paciente... Sin embargo, creo que mi actitud, de hecho, se parecería un poco a la de la noche del veintitrés. Hay algo que forma parte de mi carácter: mientras espero, mientras no se qué pasa, estoy intranquilo, pero cuando las cosas suceden, cuando estoy metido en ellas, aguanto, me controlo, racionalizo, peso las posibilidades, me concedo tiempo para pensar. Vamos, he estado alguna vez en el quirófano, por cosas menores, y ha sido así.

Cuando llego abajo me detengo un momento en el portal, vuelvo a echarle una mirada a ese *graffitti* que hace menos de una hora me pareció tan amenazador. Ahora, milagrosamente, se ha convertido en un garabato grotesco. **L.G.** (Fotos: Pilar Aymerich)